

enseña: **«He aquí que estoy a la puerta y llamo»** (Ap. 3, 20) y si pasan los años y **la puerta continúa cerrada, Jesús no se cansa, sigue llamando.**

¡Que diferencia entre lo humano y lo divino! Los hombres hacen alarde de su fuerza y según ellos, triunfan de sus enemigos destruyéndolos. El amor de Dios tiene algo mejor que hacer; perdona y triunfa transformando en amigos a sus enemigos, trunca en alabanzas sus blasfemias y en amor su odio.

Por tanto, cuando nos sentimos cansados de la severidad de los hombres, de la parcialidad de sus juicios, de las suspicacia de sus críticas y hasta del poco interés y de la mucha inconstancia de su trato, ¡que consolador resulta contar con el cariño infinito de Dios que nos espera en el sacramento de la Penitencia!

Y así, aunque los hombres nos juzguen y condenen despiadados, nos refugiaremos en ti, Dios nuestro, que no condenas a nadie ni desprecias a un corazón contrito, porque -como canta la Iglesia en el **Te Deum «tu misericordia no tiene límites y los tesoros de tu bondad son infinitos».**

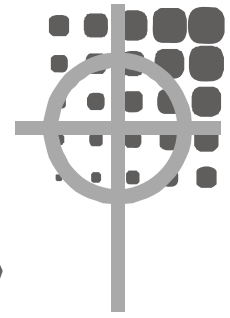
Gracias, Señor, por dejarnos el sacramento de la Penitencia, en el que se nos borran todos los pecados y se nos perdonan todos los crímenes y se disculpan todas nuestras flaquezas.

Se Feliz- Elmer H. García  
FS-013

PERDON

HUMANO,

PERDON DIVINO



*Esfuézate, si es preciso, en perdonar siempre a quienes te ofendan, desde el primer instante, ya que, por grande que sea el perjuicio o la ofensa que te hagan, más te ha perdonado Dios a ti.*

Camino. San J. Escrivá de Balaguer

enseña: **«He aquí que estoy a la puerta y llamo»** (Ap. 3, 20) y si pasan los años y **la puerta continúa cerrada, Jesús no se cansa, sigue llamando.**

¡Que diferencia entre lo humano y lo divino! Los hombres hacen alarde de su fuerza y según ellos, triunfan de sus enemigos destruyéndolos. El amor de Dios tiene algo mejor que hacer; perdona y triunfa transformando en amigos a sus enemigos, trunca en alabanzas sus blasfemias y en amor su odio.

Por tanto, cuando nos sentimos cansados de la severidad de los hombres, de la parcialidad de sus juicios, de las suspicacia de sus críticas y hasta del poco interés y de la mucha inconstancia de su trato, ¡que consolador resulta contar con el cariño infinito de Dios que nos espera en el sacramento de la Penitencia!

Y así, aunque los hombres nos juzguen y condenen despiadados, nos refugiaremos en ti, Dios nuestro, que no condenas a nadie ni desprecias a un corazón contrito, porque -como canta la Iglesia en el **Te Deum «tu misericordia no tiene límites y los tesoros de tu bondad son infinitos».**

Gracias, Señor, por dejarnos el sacramento de la Penitencia, en el que se nos borran todos los pecados y se nos perdonan todos los crímenes y se disculpan todas nuestras flaquezas.

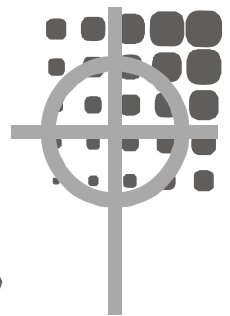
Se Feliz- Elmer H. García

FS-013

PERDON

HUMANO,

PERDON DIVINO



*Esfuézate, si es preciso, en perdonar siempre a quienes te ofendan, desde el primer instante, ya que, por grande que sea el perjuicio o la ofensa que te hagan, más te ha perdonado Dios a ti.*

Camino. San J. Escrivá de Balaguer

El perdón humano es en si mismo *impotente e ineficaz*, porque es algo exterior a la falta, puede pasar por alto la ofensa, olvidar, pero no puede borrar la mancha contraída por el ofensor.

El perdón divino es *eficaz y omnipotente*; aniquila la falta, perdona la pena, borra la mancha, llega hasta las profundidades de nuestro ser para crear, mejor dicho, para re-crear en nosotros un corazón puro y renovar en nuestras entrañas el espíritu de rectitud (cfr. Sal 50,20). Y como si esto fuera poco, nos devuelve todas las riquezas sobrenaturales que por el pecado habíamos tenido la desgracia de perder.

El perdón humano es *limitado*. Si alguien nos ofende y después nos pide una disculpa, le perdonamos con más o menos dificultad, pero si la ofensa se repita dos, tres o más veces, acabamos por pensar que no viene a solicitar nuestro perdón, sino a burlarse de nosotros. El perdón humano es tan pequeño que se debilita de inmediato, se cansa de perdonar. No es así el perdón divino, que *no tiene límites* y no se agota nunca. Antes se cansaría el hombre de pecar que Dios de perdonarle.

El perdón humano supone, cuando se solicita, que el ofensor no volverá a ofendernos. Tan cierto es esto, que si estuviéramos absolutamente seguros de que en

seguida volvería a faltarnos del mismo modo o con mayor gravedad, ¿tendríamos el ánimo dispuesto a perdonarle? ¿No nos parecería más bien que estamos siendo víctimas de una burla?

El perdón de Dios, en cambio, no es así. Él sabe que volveremos a caer. Desde nuestra primera confesión conocía claramente todas las ofensas de nuestra vida entera. Sin embargo Él se contenta con la buena y sincera voluntad del momento presente, y perdona. No cabe duda, mientras que con una mano derrama el perdón de hoy, en la otra ya tiene preparado el perdón de mañana.

El perdón humano espera siempre *ser solicitado*. ¿Quién es el ofendido que anda tras de su ofensor asegurándole que desea perdonarle o rogándole que acepte su perdón?. Parecería que tal actitud, humanamente hablando, traspasa lo límites de la propia dignidad.

En cambio cuando Dios es el ofendido, siempre es Él el que da *el primer paso*. Es el Padre del hijo pródigo que le sale al encuentro, que le perdona antes que se lo pida. Es el Buen Pastor que va en busca de la oveja perdida.

El perdón divino se pasa la vida llamando a las puertas de nuestro corazón. La Sagrada Escritura nos lo

El perdón humano es en si mismo *impotente e ineficaz*, porque es algo exterior a la falta, puede pasar por alto la ofensa, olvidar, pero no puede borrar la mancha contraída por el ofensor.

El perdón divino es *eficaz y omnipotente*; aniquila la falta, perdona la pena, borra la mancha, llega hasta las profundidades de nuestro ser para crear, mejor dicho, para re-crear en nosotros un corazón puro y renovar en nuestras entrañas el espíritu de rectitud (cfr. Sal 50,20). Y como si esto fuera poco, nos devuelve todas las riquezas sobrenaturales que por el pecado habíamos tenido la desgracia de perder.

El perdón humano es *limitado*. Si alguien nos ofende y después nos pide una disculpa, le perdonamos con más o menos dificultad, pero si la ofensa se repita dos, tres o más veces, acabamos por pensar que no viene a solicitar nuestro perdón, sino a burlarse de nosotros. El perdón humano es tan pequeño que se debilita de inmediato, se cansa de perdonar. No es así el perdón divino, que *no tiene límites* y no se agota nunca. Antes se cansaría el hombre de pecar que Dios de perdonarle.

El perdón humano supone, cuando se solicita, que el ofensor no volverá a ofendernos. Tan cierto es esto, que si estuviéramos absolutamente seguros de que en

seguida volvería a faltarnos del mismo modo o con mayor gravedad, ¿tendríamos el ánimo dispuesto a perdonarle? ¿No nos parecería más bien que estamos siendo víctimas de una burla?

El perdón de Dios, en cambio, no es así. Él sabe que volveremos a caer. Desde nuestra primera confesión conocía claramente todas las ofensas de nuestra vida entera. Sin embargo Él se contenta con la buena y sincera voluntad del momento presente, y perdona. No cabe duda, mientras que con una mano derrama el perdón de hoy, en la otra ya tiene preparado el perdón de mañana.

El perdón humano espera siempre *ser solicitado*. ¿Quién es el ofendido que anda tras de su ofensor asegurándole que desea perdonarle o rogándole que acepte su perdón?. Parecería que tal actitud, humanamente hablando, traspasa lo límites de la propia dignidad.

En cambio cuando Dios es el ofendido, siempre es Él el que da *el primer paso*. Es el Padre del hijo pródigo que le sale al encuentro, que le perdona antes que se lo pida. Es el Buen Pastor que va en busca de la oveja perdida.

El perdón divino se pasa la vida llamando a las puertas de nuestro corazón. La Sagrada Escritura nos lo